

# La ceremonia de la lectura. Steiner *versus* Bayard

ALICIA SAUCE

## *Le philosophe lisant* de Chardin



George Steiner, en su artículo “El lector infrecuente”, recogido en su obra *Pasión Intacta*, comenta una pintura de Chardin. Se titula *Le philosophe lisant*. Sin embargo, el modelo que utilizó Chardin no era un filósofo, sino su amigo Aved, un pintor. La pintura no es insólita: su tema y composición son frecuentes; pertenece a un subgénero de interiores domésticos. Steiner llama la atención sobre seis elementos del cuadro:

(1) El traje del lector: consiste en una capa y un sombrero de pieles. El lector no emprende la lectura, vestido de manera informal o desaliñada; está vestido para la ocasión. Es este un rasgo de *cortesía*. La lectura es una ceremonia intelectual y el lector debe estar correctamente ataviado.

(2) El reloj de arena: aparece junto al codo del lector indicando que *ars longa, vita brevis*. La vida del lector se cuenta en años; en cambio la del libro, en siglos. Píndaro decía: “Cuando la ciudad que celebro haya muerto, cuando los hombres a quienes canto se hayan desvanecido en el olvido, mis palabras perdurarán”. Así pues, mientras lee, la vida del lector se acorta. Steiner señala la fascinación y la desesperación de todo lector ante el volumen de libros por leer:

El que no haya experimentado la fascinación llena de reproches de las grandes estanterías llenas de libros no leídos, de las bibliotecas nocturnas de las cuales Borges es el fabulador, no es un verdadero lector, un *philosophe lisant*.<sup>1</sup>

(3) Tres discos de metal: aparecen frente al libro. Son medallas de bronce que se utilizaban para mantener estirada la página.

(4) El libro mismo, foco y centro compositivo del cuadro: es un *infolio* majestuoso. No es un libro de bolsillo de los que se venden actualmente en los vestíbulos de los aeropuertos. Hay más *infolios* detrás del reloj de arena.

(5) El cálamo del lector: define la lectura como acción. Leer bien es contestar al texto, dialogar con él, escribir notas marginales. Las notas pueden ser laudatorias, irónicas, negativas o potenciadoras. El lector puede incluso apoderarse de la parte superior o inferior de la página e incluso de los espacios interlineales. ¡No se puede leer sin un cálamo en la mano!, señala Steiner:

Aquel que pasa por encima de errores tipográficos sin corregirlos no es un mero filisteo: es un perjurio del espíritu y del sentido.<sup>2</sup>

Con el cálamo, *le philosophe lisant* transcribirá extractos que pueden oscilar entre la cita breve y la transcripción larga. Hasta muy entrado el siglo XIX era habitual entre los lectores transcribir extensos fragmentos, páginas en verso y en prosa, artículos de enciclopedia, capítulos enteros.

La transcripción comporta un compromiso absoluto con el texto, una reciprocidad dinámica entre el lector y el libro.<sup>3</sup>

(6) El último elemento es el silencio: envuelve al lector de Chardin, a su *infolio*, su reloj de arena, sus medallones grabados y su cálamo preparado. El silencio es palpable en el grueso paño del mantel y de la cortina, en el equilibrio de la pared del fondo, en el brillo apagado de las pieles del ropaje. La lectura genuina exige silencio, una soledad poblada por la vida de la palabra. El silencio es la condición esencial para que el lector se pueda concentrar. La concentración es un arte, piensa Steiner; Malebranche la definía como “la piedad natural del alma”.

### **La pérdida de la ceremonia de la lectura**

Ahora bien, ¿qué pasa con el acto de la lectura en nuestros días? No queda nada de la ceremonia de la lectura del cuadro de Chardin. La capacidad de leer hoy en día es difusa e irreverente, dice Steiner<sup>4</sup>. El libro ha cambiado como objeto. Nadie tiene hoy libros encuadernados a mano. El formato y la atmósfera que transmite el *infolio* de Chardin sugiere que *le philosophe lisant* está en una biblioteca privada. Ya no existen casi bibliotecas privadas. Los libros son de bolsillo, efímeros. Raras veces podemos contar con obras completas. Pocos escribimos notas marginales. ¿Quién de nosotros se molesta en transcribir?, se pregunta Steiner<sup>5</sup>. El lector clásico aprendía fragmentos de memoria. Nadie lo hace hoy en día. El rasgo dominante de nuestra época es la atrofia de la memoria, más aún, el olvido planificado:

Ya no aprendemos de memoria. Nuestros espacios interiores han enmudecido o están obstruidos por estridentes trivialidades.<sup>6</sup>

Además, el vigor de la memoria solo puede sostenerse donde hay silencio, ese silencio tan bien plasmado por Chardin. En la actualidad el silencio es un lujo o una extravagancia. Muchos jóvenes declaran que son incapaces de leer sin música, sin un sonido de fondo organizado. En definitiva, las disposiciones y técnicas simbolizadas por *Le philosophe lisant* han desaparecido. La dislexia se ha apoderado de los actuales hábitos de lectura. Los hábitos de la pintura de Chardin sólo permanecen en los estudios de los catedráticos (*sic*), dice Steiner.

## La erótica de la lectura

Steiner habla del goce de la lectura y de la relación con los libros con gravedad. No se trata, para él, de un placer fugaz, un entretenimiento, sino algo que da sentido a la vida:

El libro es nuestra contraseña para llegar a ser lo que somos. [...] El encuentro con el libro, como con el hombre o la mujer, que va a cambiar nuestra vida, a menudo en un instante de reconocimiento del que no tenemos conciencia, puede ser puro azar. El texto nos convertirá a una fe, nos adherirá a una ideología, dará a nuestra existencia una finalidad, y un criterio podría esperarnos en la sección de libros de ocasión, de libros deteriorados o de saldos. Puede hallarse, polvoriento y olvidado, en una sección justo al lado del volumen que buscamos.<sup>7</sup>

Así es como Steiner encontró su primer libro de Celan, en una estación de ferrocarril, a mitad de precio. Con esta lectura su vida se transformó. Esta lectura impactó a Steiner. Steiner es un superviviente angustiado del Holocausto, un judío europeo torturado por la Shoah a pesar de haber logrado escaparse de ella. De niño, Steiner se salva del Holocausto; viaja a Nueva York con sus padres, unos quince días antes de que todos sus compañeros de clase de París sean enviados a los *läger*. Y cuando descubre a Celan, tiene la impresión de que Celan lo lee a él:

Nuestras intimidades con un libro son completamente dialécticas y recíprocas: leemos el libro, pero, quizá más profundamente, el libro nos lee a nosotros.<sup>8</sup>

Esta idea me parece extraordinaria. Steiner intuye los elementos inconscientes que intervienen en estos flechazos por un libro. Y compara la lectura –¡como no!– con el amor:

Seres humanos muy próximos entre sí por sus orígenes, por su sensibilidad y por su ideología pueden adorar un libro que es detestado, pueden juzgar *kitsch* lo que se considera una obra maestra. Coleridge hablaba de “átomos ganchudos” de la conciencia, que se entremezclan de maneras imprevisibles; Goethe hablaba de las “afinidades electivas”; pero no son más que imágenes. Las complicidades entre el autor y el lector, entre el libro y la lectura que hacemos de él, son tan imprevisibles, tan vulnerables al cambio y están tan misteriosamente arraigadas como las del *eros*. O tal vez, como las del odio, pues hay textos inolvidables, que nos transforman y que acabamos odiando: yo no

soporto ver el *Otelo* de Shakespeare en el teatro ni puedo enseñarlo, pero la versión de Verdi me parece en muchos aspectos, la más coherente, un milagro humano.<sup>9</sup>

La lectura es un asunto de *eros* y, como tal, está sujeto a oscilaciones de amor y desamor. Resulta enigmático como el amor. También fascinante como él. De hecho, Steiner reúne en un solo capítulo de su autobiografía (el capítulo “Cuatro” de *Errata*), dos experiencias iniciáticas: su iniciación a la vida sexual y su iniciación a la transmisión de la lectura. Es un capítulo tan extraordinario que temo destruirlo haciendo de él un comentario mediocre.<sup>10</sup>

Corren los años cuarenta. Chicago es una ciudad que nunca duerme. La brutalidad resulta palpable en la política, en el arte, en el jazz, la ciencia atómica, el comercio, el boxeo. Hace un calor terrible (37°C) en el *campus* de la Universidad de Chicago, donde va a parar el joven Steiner. George es un joven de clase alta, mimado, protegido, vestido convencionalmente y cargado de libros. Le toca como compañero de habitación un tal Alfie, un fornido exparacaidista, que aparece un día en su habitación, se pone en cuclillas y sube de un salto a la litera de arriba con un salto tan extraordinario que ni siquiera Nureyev hubiera podido competir con él. “Me quedé paralizado –escribe Steiner–, a punto de llorar por mi ineptitud y la sencilla belleza de aquel gesto. Nos hicimos amigos.” George le ayuda a aprobar sus asignaturas y Alfie se convierte en su mentor. Nadie se atreve a tocar un solo pelo de Steiner para no vérselas con la navaja o el golpe de *karate* de aquel paracaidista. Alfie intenta convertirlo en un adulto, es decir, enseñarle a jugar al *poker*, escuchar jazz (Dizzy Gillespie en un antro que se llama Beehive), superar su miedo a las ratas y a los retretes con la puerta rota. La virginidad de George a los diecinueve años ofende a Alfie; le parece ostentoso. “Follar no te matará”, sentencia. Entonces organiza una iniciación tan concienzuda como bondadosa, en un pueblo próximo de Illinois, un pueblo de mala fama, pero que tiene un nombre que le inspira mucha confianza a Steiner; se llama Cicero. Alfie le ha dado instrucciones precisas a la mujer, que muestra mucha paciencia y amabilidad con el joven. “Y es esa extraña bondad, el cuidado que él puso en circunstancias aparentemente tan burdas, lo que aún siento como una bendición.” Cuando regresan, George invita a Alfie a langosta, entran por la ventana en la casa, cantan desafinando espantosamente y Alfie le da de puñetazos en la ducha, porque George ya se ha convertido en “hombre”. “No lo era ni mucho menos, escribe Steiner. Pero se había desatado un nudo central, el miedo se había tornado risible”.

La segunda experiencia iniciática, relatada justamente en el mismo capítulo, es la siguiente. Al cabo de unos meses, Steiner se traslada a la Universidad de Yale. Allí el *campus* está lleno de falsos y verdaderos comunistas que cantan tristes baladas de Cataluña, trotskistas, activistas negros del movimiento sindical, estudiantes maduros y un enjambre de mujeres en un ambiente de bucólico consumo de drogas. Se acercan los exámenes. Un grupo de estudiantes se le acerca. ¿Podría ayudar con un relato de Joyce, *Los muertos*? Se instalan en su habitación en las literas y en el suelo. El joven Steiner comienza a leer en voz alta y a comentar el texto. Los ve tomar apuntes, subrayar el texto, escribir en los márgenes. Lee el último párrafo:

*Yes the newspapers were right: snow was general all over Ireland. It was falling on every part of the dark central plain, on the treeless hills, falling softly upon the Bog of Allen and, farther westward, softly falling into the dark mutinous Shannon waves. It was falling, too, upon every part of the lonely churchyard on the hill where Michael Fury lamed buried. It lay thickly drifted on the crooked crosses and headstones, on the spears of the little gate, on the barren thorns. His soul swooned slowly as he heard the snow falling faintly through the universe and faintly falling, like the descent of their last end, upon all the living and the dead.<sup>11</sup>*

Se encuentra en plena noche impartiendo un seminario a hombres adultos mucho mayores que él, más familiarizados con la vida que él. ¿Han observado, pregunta Steiner, que “caía dulcemente”, “*falling softly*”, se transforma en “dulcemente caía”, “*softly falling*”, como preludio del final “*falling faintly*” y “*faintly falling*”? ¿O los sonidos sibilantes que anuncian la llegada del sueño en “*his soul swooned slowly*”? ¿Han observado que las lanzas y las espinas (“*the spears*” and “*the barren thorns*”) son emblemáticas de la pasión de Cristo en otra montaña? Se hace tarde, el ambiente de la habitación está muy cargado. Intenta evitar lágrimas absurdas y las ve de repente en uno de aquellos rostros sin afeitar:

Entonces supe que podía conducir a otros hasta las fuentes del significado. Fue un descubrimiento fatal. Desde esa noche, las sirenas de la enseñanza y la interpretación no han cesado de cantar para mí.<sup>12</sup>

Así se define el destino de George Steiner, porque cuaja una modalidad de goce particular, para él. La lectura y la transmisión de la lectura: *voilà* lo que le hace disfrutar, más allá de decisiones de orden moral. Vuelvo a insistir en que no es casualidad que los dos relatos, de la iniciación al sexo y la iniciación a la transmisión, se sigan uno al otro, en el mismo capítulo. Se trata de iniciaciones a dos eróticas, la del sexo y la de la lectura.

### ***¿Cómo hablar de los libros que uno no ha leído?***

En oposición diametral a Steiner en su posición frente a la lectura se sitúa Pierre Bayard. Steiner es un sacerdote de la cultura que tiende a sacralizar la lectura; en cambio Bayard se esfuerza por desacralizar la lectura.

Uno de los libros más interesantes y más divertidos que versan sobre la lectura es el texto de Pierre Bayard, titulado: *¿Cómo hablar de los libros que uno no ha leído?*<sup>13</sup>. Bayard denuncia en su ensayo el malestar en la cultura libresca. Afirma que muchos han dejado de percibir la lectura como una práctica lúdica, placentera; viven aplastados bajo el imperativo absurdo de leer, de haber leído *todos* los libros de la tradición cultural. Experimentan *angustia* al descubrir que han olvidado lo que han leído, sienten *vergüenza* por no haber leído tal o cual libro y *culpa* por no leer suficiente; éstos son los sentimientos que envenenan nuestra vida intelectual, junto con una concepción equivocada de la lectura y la cultura.

Nuestra relación con los libros no es un proceso continuo y homogéneo, según la ilusión que crean en nosotros algunos críticos; ni es el lugar de un conocimiento transparente, sino un espacio oscuro, habitado por fragmentos de recuerdos, y cuyo valor, incluido la creativa, reside en los fantasmas imprecisos que circulan en él.<sup>14</sup>

Solemos ignorar que un libro es un objeto infinitamente móvil. La lectura no es, ni puede ser, ni debe ser un proceso continuo, homogéneo ni transparente, ni siquiera para el propio lector, sino un proceso hecho de aproximaciones. Cada lector lee desde su “biblioteca interior”, el conjunto de sus lecturas, sus leyendas privadas, sus fantasmas; y es una suerte que así sea, porque de allí deriva la creatividad de la lectura.

Un libro es reinventado en cada lectura.<sup>15</sup>

Toda cultura, incluso profunda se construye alrededor de agujeros, fallas. Nadie puede leer todos los libros, ni los ha leído. Hemos de enfrentarnos a nuestras limitaciones y también a las de los demás, y dejar de creer que “el Otro sabe”. En el universo académico se hace, sin cesar, exhibición de cultura, se disimula la ignorancia y la fragmentación del saber. Es necesario liberarnos de la imagen opresiva de una cultura sin falla, liberarnos de la angustia de la propia ignorancia ante el Saber del Otro, que no nos deja ni vivir ni pensar. Nos posicionamos como niños asustados en este universo. Estos prejuicios, esos sentimientos de vergüenza, culpa y angustia bloquean nuestra lectura, castran nuestra creatividad, hacen de nosotros personas asustadas de la cultura, lectores pasivos, dice Bayard<sup>16</sup>.

### **La biblioteca interior**

Bayard señala que nuestra relación con los libros es muy íntima. Tenemos una “*bibliothèque intérieure*”, un subconjunto de la “biblioteca colectiva” en la cual habitamos culturalmente, sobre la cual se ha construido nuestra personalidad. Esta biblioteca interior organiza nuestra relación con los textos y los otros. En ella figuran unos pocos libros, sobre todo fragmentos de libros olvidados y libros imaginarios, a través de los cuales aprehendemos el mundo. Como cada uno tiene una biblioteca interior diferente, las conversaciones sobre los libros parecen a veces diálogos de besugos y nos desaniman. Por otro lado, si desprecian un libro de nuestra biblioteca interior, nos ofenden en lo más íntimo de nuestro ser. La razón es que:

No nos limitamos a albergar estas bibliotecas; somos también la totalidad de estos libros acumulados, que nos han fabricado poco a poco y no pueden ser separados de nosotros sin sufrimiento. [...] Las palabras que rayan los libros de nuestras bibliotecas interiores, atacando lo que ha llegado a ser una parte de nuestra identidad, nos desgarran a veces hasta lo más profundo de nuestro ser.<sup>17</sup>

Así que Bayard no es un desacralizador irreverente, ni es un trivializador de la lectura, como parece sugerir el título de su obra, y como parecen haber creído algunos críticos. Lo que ocurre es que cierta dosis de desacralización le parece necesaria para vivificar la

lectura, sobre todo en la actualidad, cuando se produce un extraño fenómeno contradictorio, de sacralización y, a la vez, decadencia de la cultura.

Bayard da ejemplos graciosísimos de la desacralización de la lectura por parte de grandes escritores, que son justamente los que han accedido a una lectura activa y a la creación. Montaigne, por ejemplo, cuenta que no puede levantarse a buscar una información en su biblioteca, sin olvidarse por el camino de qué es lo que estaba buscando, ni para qué se había levantado. Incluso cuando habla, confiesa perder el hilo de sus pensamientos. Además, evidentemente tiende a olvidar lo que ha leído, no solamente el contenido, sino también al autor y el acto mismo de leer. Le ocurre querer leer libros pensando que le son desconocidos y los encuentra llenos de sus propias notas, cuidadosamente escritas en los márgenes del libro. Entonces decide tomar la precaución de agregar al final de cada libro una nota con la idea general que ha sacado y su valoración.

Montaigne tiene la desfachatez encantadora de contar con toda sinceridad su relación desacralizada con los libros:

Hojeo los libros, no los estudio: lo que me queda de ellos es algo que no reconozco como perteneciente a otra persona; solo de eso mi juicio saca provecho, los discursos y las imaginaciones de los cuales me he imbuido; el autor, el lugar, las palabras y otras circunstancias, las olvido sin contención alguna.<sup>18</sup>

“Sin contención alguna”: ¡qué fantástico! Montaigne cuenta que ni siquiera reconoce los textos que él mismo ha escrito, cuando los citan delante de él! Así que el olvido no es en absoluto signo de un menosprecio hacia textos ajenos, pues afecta también los propios.

Hay no solo en Montaigne, sino en todos los lectores, *un movimiento incesante de olvido de los libros*, movimiento al cual Bayard denomina “*délecture*”. Se trata de un movimiento que hace desaparecer o confunde las referencias, transforma los libros, los reduce a sus títulos y a unas pocas páginas aproximativas, “vagas sombras que se deslizan en la superficie de nuestra conciencia”.

Bayard cita a Valéry, que parece haber sido un impúdico, que reconocía no haber leído más que un volumen de la *Recherche* de Proust, y no en una charla, sino en un artículo de la *Nouvelle Revue Française*, en 1923, que presentaba un homenaje a Proust tras su muerte:

Aunque conozco apenas un solo volumen de la gran obra de Proust y que el arte del novelista me es casi desconocido, sé muy bien, sin embargo, por lo poco de *En busca del tiempo perdido* que he tenido el placer de leer, qué pérdida excepcional las Letras acaban de padecer...<sup>19</sup>

Valéry tiene incluso la desfachatez de decir, en el discurso en el cual toma posesión del asiento de Anatole France, en la *Académie Française*:

En verdad, Señores, no sé cómo un alma puede salvaguardar su coraje ante el mero pensamiento de las inmensas reservas de escritura que se acumulan en el mundo. ¿Hay algo más vertiginoso, desorientador para el espíritu que la contemplación de los muros acorazados y dorados de una vasta biblioteca? Y ¿qué puede ser más penoso que contemplar esos bancos de volúmenes, parapetos de obras del espíritu que se forman en los muelles del río?, esos millones de tomos, folletos encallados sobre los bordes del Sena, como pecios intelectuales rechazados por la corriente del tiempo, que se descarga y se purifica de nuestros pensamientos.<sup>20</sup>

Bayard, imitando la irreverencia de Valéry, nos confía que no ha leído el *Ulises* de James Joyce, y que lo más verosímil es que no llegue a leerlo nunca. Y cita a Musil en cuyo *Hombre sin atributos* aparece el personaje de un bibliotecario que declara no leer nunca ningún libro de su biblioteca:

El secreto de todo buen bibliotecario es no leer jamás, de toda la literatura que le ha sido confiada más que los títulos y los índices. “El que mete las narices en el contenido está perdido para la biblioteca, me explicó. ¡Jamás podrá tener una visión de conjunto!”<sup>21</sup>

En el fondo, el asunto no es tan descabellado como parece. Bayard dice que la cultura no es cuestión de leer tal o cual libro en particular, sino de “orientarse” en la maraña de libros, ser capaz de situar cada elemento en relación con los otros en el conjunto que forman. Por eso uno puede hablar de los libros que no ha leído; porque los sitúa perfectamente en el lugar que les corresponde en la “biblioteca colectiva”. De allí su teoría tan particular de la lectura, según la cual una posible y fecunda forma de leer es *recorrer* los libros de una forma en cierto sentido superficial (corriendo y saltando) y, sin embargo, sacar mucho provecho de ese trayecto. Los que leen atentamente y en profundidad un libro, pero no saben situarlo, no necesariamente hacen una lectura mejor. Como dice Oscar Wilde:

Para apreciar la calidad de un vino no hace falta beber todo el tonel. Es fácil darse cuenta en una media hora si un libro vale algo o no.<sup>22</sup>

Un ejemplo perfecto de cómo uno puede conocer bien un texto sin haberlo leído es el de Baskerville en la novela *El nombre de la rosa* de Eco, donde el personaje reconstruye ese supuesto texto de Aristóteles sobre la comedia, sin leerlo, a partir de una investigación periférica.

### **La lectura subjetiva**

La paradoja de la lectura es que la lectura debe ser *una travesía*; el lector no ha de quedarse en el libro sino ir hacia sí mismo, su reflexión propia. La lectura es necesariamente subjetiva y, además, debe serlo para desembocar en creatividad<sup>23</sup>. Posiblemente uno habla bien de los libros sólo cuando habla de sí mismo a través de los libros. *Son los puntos de encuentro entre la obra y la propia subjetividad los que constituyen la lectura.* Finalmente, la obra acaba desvaneciéndose y se convierte en un



objeto alucinatorio fugaz, que atrae todo tipo de proyecciones. Los libros tienden a transformarse en *libro-pantalla*, *libro-fantasma*. Si el lector se libera de la palabra (la letra) de los demás, encuentra en sí la fuerza para *inventar su propio texto* y convertirse en un escritor. Bayard es un humanista. En las últimas líneas de su ensayo, acaba hablando del deber que siente (en el fondo es un deseo y no un deber) de ayudar a los demás (¿a sus estudiantes, a sus pacientes?) a vencer su miedo a la cultura, su angustia y sus sentimientos de culpa por no leer o no haber leído, para comenzar a escribir. Bayard es profesor en la Universidad de Paris VIII y psicoanalista. Tal vez sea un humanista un poco ingenuo, al creer que la razón por la cual sufren sus estudiantes es por un exceso de respeto y sacralización de las obras, y no por su general compulsión neurótica a sufrir o las características inherentes a la práctica de la lectura, que implica algo de esfuerzo y tolerar franjas de incompreensión, espera.

Recojo del ensayo de Bayard la idea de que la lectura no solo produce placer, éxtasis, alegría y felicidad, sino que conlleva también sentimientos de miedo, perplejidad, angustia, confusión, aburrimiento, culpabilidad. Tolerarlos y superarlos posiblemente conduzca al lector a la posibilidad de la escritura.

Steiner es un apocalíptico; en cambio Bayard, a pesar de su aspecto rebelde, de *enfant terrible*, es un integrado. Lo característico de Steiner es que además de reconocer el goce que hay en la lectura (habla de “pavor y deleite”), exige “precisión”<sup>24</sup>. En cambio la idea de “precisión” no es mencionada ni una sola vez por Bayard. Steiner hace del Goce una Ley. Pretende reconstruir “el arte de la lectura”, pero en el fondo se trata para él de un arte normativo. Steiner es un crítico canónico, como Bloom (aunque Bloom es increíblemente divertido y a ratos muy caprichoso, un verdadero *jouisseur* que nos hace reír a carcajadas en cada página que escribe). Bayard, en cambio, es anticanónico; se trata, para él, de recuperar el placer de la lectura, más allá de la cultura de la culpa que embarga a muchos intelectuales.

Sin embargo, tanto para Bayard como para Steiner, la lectura está atada a la donación de sentido a la vida. Una lectura rigurosa es aquella lectura fértil y creativa, de los textos, que les permite eventualmente formar parte de nuestra “biblioteca interior”. En definitiva, hay que dejarse leer por los libros.

## Notas

1. STEINER, George, *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, 1997, p. 23.
2. *Ibid.*, p. 27.
3. *Ibid.*, p. 29.
4. *Ibid.*, p. 34.
5. Sin embargo, hay tanta transcripción en los blogs.
6. *Op. cit.*, p. 39.
7. STEINER, George *Los logócratas*, Madrid, Siruela, 2006, pp. 54 - 5.
8. *Op. cit.*, pp. 56-7

9. *Ibid.* En *Otelo*, por ejemplo, Verdi conseguía infundir espíritu trágico un miserable caso de maltrato de la mujer y asesinato.
10. STEINER, George, *Errata*, Madrid, Siruela, 1998, pp. 57-67.
11. James JOYCE, *The dead*.
12. *Errata*, ed. cit, p. 67.
13. BAYARD, Pierre, *Comment parler des livres que l'on n'a pas lu?*, París, Minuit, 2007,
14. *Op. cit.*, p. 18. Las traducciones del texto de Bayard son nuestras.
15. *Ibid.*, p. 161.
16. *Ibid.*, pp. 112-3.
17. *Ibid.*, p. 75.
18. *Ibid.*, p. 57.
19. *Ibid.*, p. 32.
20. *Ibid.*, p. 37.
21. *Ibid.*, p. 24.
22. *Ibid.*, p. 42.
23. Es lo que dice también Harold BLOOM: “Cualquier gran obra literaria lee de una manera errónea –y creativa–, y por tanto malinterpreta, un texto o textos precursores.” *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 18.
24. “La labor de la crítica literaria es ayudarnos a leer como seres humanos íntegros, mediante el ejemplo de la precisión, del pavor y del deleite.” George STEINER, *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 27.